

Delfinado, llamado Mr. de V\*\*\*. Su hermosa figura, su carácter marcial, y su acento de libre, pero respetuosa franqueza, habian engañado al mismo preso, que creia ver en Mr. de V\*\*\* uno de los antiguos sargentos de sus grandes campañas; así es que en las largas horas de su ocioso cautiverio, tenia la mayor complacencia en hablar con él. «Mirad mi último sol, camarada, dijo aproximándose á Mr. de V\*\*\*. Ya ha concluido este mundo para mí. Esta noche dormiré en otro alojamiento. No soy una muger; pero creo en Dios y en la otra vida, y siento en mí una alma inmortal... Me han hablado de prepararme á la muerte, de consuelos en la religion y de conferencias con un sacerdote caritativo. ¿Es esa la muerte de un soldado? Vamos ¿qué hariais en mi lugar?—Señor mariscal, respondió Mr. de V\*\*\*, todavía esperamos que el rey será digno de Enrique IV, y que no consentirá que se prive á la Francia de uno de sus mas gloriosos servidores por un dia de olvido; pero la muerte es la muerte para todo el mundo, y el que la vió tan cerca en tantos campos de batalla, no teme que se le hable de ella en un calabozo. Jamás la voz del último amigo ha causado dolor á un soldado en el hospital de sangre. En vuestro lugar dejaria entrar al cura de San Sulpicio y prepararia mi alma á todo evento.—Creo que teneis razon, replicó sonriendo amistosamente el mariscal. Pues bien, haced entrar al sacerdote.» El cura de San Sulpicio, que esperaba en una sala del Luxemburgo, fué introducido, y habló piadosamente en un rincón del calabozo con el mariscal. La hora que no traia el perdón, sonó para el suplicio. El reo que habia leído en los rostros, y oído en los murmullos de la Cámara de los pares la venganza inexorable de los partidos, nada, absolutamente nada esperaba de las lágrimas de su esposa y de sus hijos. Por ella y por ellos solamente habia fingido la esperanza. Vestióse para presentarse con toda decencia delante del último fuego, y se puso un capote militar. El

ruido que hacian los soldados que se escalonaban desde la puerta del Luxemburgo hasta la reja de la plaza del Observatorio, y el de un coche que entró en el patio, le avisaron el momento de la partida. El creia que iban á llevarle al campo de Grenelle, al sitio marcado por la sangre de Labedoyere, lugar ordinario de las ejecuciones. Abrieron la puerta de su encierro, y lo comprendió todo; bajó con pie firme, frente serena, mirada elevada, y boca casi risueña, pero sin ninguna afectacion teatral, por entre las filas de los soldados colocados en los escalones y en los vestíbulos del palacio, como un hombre contento de volver á ver el uniforme, las armas, las tropas, su antigua familia. Al llegar al pie de la escalera, donde le esperaba el coche, bajado el estribo y abierta la portezuela, se paró en vez de subir por una consideracion de política hácia el sacerdote que le acompañaba, y cogiendo del brazo al cura de San Sulpicio que queria cederle el paso «no, no, dijo con cierta jovialidad triste y risueña, alusion melancólica al objeto del viage, subid primero, señor cura; de todos modos he de llegar antes allá arriba.» Y con la mirada indicó al cielo.

## XXIV.

El coche rodó al paso por entre las anchas alamedas del Luxemburgo y por entre las filas mudas de los soldados. Espesa niebla se arrastraba por el suelo y no dejaba ver mas que los brazos despojados de los corpulentos árboles del jardin real. El sacerdote murmuraba al lado del soldado palabras de resignacion y de confianza cristiana, que el mariscal escuchaba con la mayor atencion. De repente se paró el carruage á medio camino de la reja del Luxemburgo y del Observatorio, en frente de una larga tapia de cercado negro y fétido que cerraba aque-

lla avenida. El gobierno, mal inspirado hasta en la elección del lugar del suplicio, parecía haber querido hacerlo mas despreciable y abyecto, mandando que aquel ilustre enemigo fuese muerto como un animal inmundo, en una encrucijada y á cuatro pasos de un palacio que iba á entristecer para siempre su cadáver.

Ney se admiró y trató de indagar con la vista la causa de aquella parada á la mitad del camino. Abrieron la portezuela y le invitaron á bajar; entonces comprendió que ya no volveria á subir más, y entregó al sacerdote que le acompañaba los últimos objetos de su uso que llevaba consigo con sus últimas recomendaciones para su familia; sacó de sus bolsillos algunas piezas de oro que poseia, dejándolas para los pobres del barrio; abrazó al sacerdote, amigo supremo que reemplaza á los amigos ausentes en esa última hora, y marchó resuelto hácia el sitio que le indicaba un peloton de veteranos. El oficial que mandaba aquella fuerza se llegó á él y le pidió permiso para vendarle los ojos. «¿No sabeis, respondió el soldado, que hace veinte y cinco años estoy acostumbrado á mirar las balas de frente?» El oficial turbado, vacilante, indeciso, esperando tal vez un grito de perdón ó temiendo cometer un sacrilegio de gloria mandando hacer fuego contra su general, permaneció mudo entre el héroe y su peloton. El mariscal aprovechó aquella vacilación é inmovilidad de los fusileros para lanzar su última reconvencción al destino: «Protesto delante de Dios y de la patria, exclamó, contra el juicio que me condena, y apelo de él á los hombres, á la posteridad y á Dios.»

Como estas palabras y la serenidad del rostro del héroe de los campamentos, que los soldados conservaban impreso en su memoria, les hicieran vacilar en el cumplimiento de su consigna, «cumplid con vuestro deber,» gritó el comandante de París al oficial, que estaba mas turbado que su víctima. Con planta mal segura volvió á ocupar el oficial su puesto al lado del peloton. Ney andu-

vo algunos pasos, levantó su sombrero con la mano izquierda, como acostumbra á hacer en las cargas desesperadas para animar á sus tropas, y poniendo la derecha sobre su pecho para marcar bien el sitio de la vida: «Soldados, dijo, apuntad derecho al corazón.» El peloton, absuelto por su voz y mandado por su gesto, le apuntó: no se oyó mas que un solo tiro: Ney cayó como herido del rayo, sin una convulsion y sin lanzar un suspiro. Trece balas habian atravesado el cuerpo en que latia el corazón del héroe y mutilado el brazo derecho que tantas veces habia agitado la espada de la Francia. Soldados, oficiales y espectadores apartaron la vista del cadáver como del testimonio de un crimen, y durante el cuarto de hora que segun los reglamentos militares debia permanecer espuesto en el lugar de la ejecucion, ningun testigo, á escepcion de alguno que otro transeunte y alguna muger madrugadora de las casas inmediatas, vinieron á contemplar los restos del suplicio y á mezclar sus lágrimas con su sangre. Los grupos se preguntaban en voz baja quién era aquel criminal, abandonado en medio del camino público y fusilado por los soldados del grande ejército. Nadie tuvo valor para contestar que aquel era el cadáver del bravo de los bravos, del héroe del Beresina. Pasada la hora de la esposicion legal, las hermanas de un hospicio vecino reclamaron su cuerpo para tributarle oscuramente los honores fúnebres, lo hicieron trasladar á su capilla, velaron en torno de su féretro y pidieron á Dios por él.

## XXV.

Quando la poblacion de París supo al despertar que el mariscal Ney habia sido fusilado, el rubor y la vergüenza se apoderaron de todas las almas. Solo el partido

de la corte se regocijó estúpidamente por haberse vengado; mas por un enemigo heroico desarmado y arrepentido que habia inmolado, se acarreó millares de enemigos nuevos de todos los que esperaban una clemencia requerida por tantos servicios prestados á la patria y por tanta gloria dada á la Francia. Un sentimiento mas peligroso que la cólera, porque es mas duradero, germinó en los corazones de la juventud imparcial, del ejército ultrajado y del pueblo agradecido, y fué la repugnancia que inspiraba la pusilanimidad de aquella corte que no habia combatido, y dejaba derramar por su causa sangre popular y gloriosa, en libacion al extranjero, sobre un suelo hollado todavia por nuestros enemigos. Fuerza es decir, en descargo del rey, de los ministros y de la masa inmensa de los realistas, que todos ellos repugnaban por moderacion, por honor y por sensibilidad aquel sacrificio inútil, cruel y vergonzoso. Ney á sus ojos, como á los del mundo imparcial, era un gran delincuente; pero tambien veian una vida llena de gloria. Su falta era de las que se acusan y se perdonan; habia tropezado por debilidad y no por premeditacion; habiase juzgado y condenado á sí mismo, y rescatado de antemano su crimen militar por medio de hechos y hazañas que vivirán eternamente en la memoria de los soldados franceses. Como gefe de un bando político, no era ya temible, y al rehabilitarle, no se rehabilitaba á un faccioso, sino á un soldado. La amnistia que era indispensable dar al ejército, no podia tener mejor ocasion que su nombre. Enrique IV le hubiera abrazado, sus nietos le mataron. ¡Cuántas veces despues no han llorado esa fatal condescendencia con las pasiones vengativas de su corte y de su Cámara que les impusieron aquel asesinato! ¡Cuánta fuerza popular no les hubiera dado contra la oposicion, en los dias críticos de su dinastía, aquella sangre plebeya perdonada y reservada á la patria, aquella arma reconquistada por la magnanimidad en favor de su propia causal! Injuriados

algunos dias por cobardes consejeros en la oscuridad de su palacio, habrian sido vengados y adoptados por el pueblo, que solo reconoce la grandeza de las estirpes reales por la grandeza de alma. Acaso habrian sucumbido á la hora de su caida; pero la historia no tendria que hacerles esa reconvenccion, y en lugar de una mancha de sangre sobre su reinado, habria al lado del nombre de Ney una lágrima de admiracion. En vez de reinar, obedecieron. La corte fué cruel, el rey débil, los ministros complacientes, la Cámara de los diputados implacable, la Europa incitadora y la Cámara de los pares cobarde como un senado en los peores dias de Roma. Tome cada uno la parte que le toca de la sangre del héroe; la Francia se lava las manos!